

Reconocimiento del otro: las posibilidades que otorga el vivir juntos

Gonzalo Tamayo Giraldo¹

Resumen

El presente texto tiene el propósito de vincular dos grandes categorías humanas: el reconocimiento y la confianza. La propuesta central se basa en la dialéctica yo-alguien y en la necesidad de configurar en el encuentro la posibilidad de entablar conversaciones que generen esperanza y reciprocidad. Si en el mundo de las relaciones las promesas configuradas colectivamente son cumplidas, se notará, en clave de evolución, cómo se produce un ascenso a lo más humano posible. La armonía entre razón y emoción serán la base de toda configuración colectiva que, cooperada, permite la emergencia de bien común.

1

Doctor en Psicología; Magíster en Educación y Desarrollo Humano, y psicólogo. director del Doctorado Formación en Diversidad y del Departamento de Humanidades de la Universidad de Manizales. e-mail: gotamayo@umanizales.edu.co



Palabras clave

Reconocimiento, confianza, bien común, otro, promesa, cuidado.

Reconocer-me con el otro

*Porque en el pasado nada está irremediablemente perdido,
sino que más bien todo está guardado de manera que no se pueda perder.
Nada que haya sucedido puede ser sacado del mundo;
¿no apunta todo esto,
con mucha mayor razón,
a que todo lo sucedido es puesto en el mundo?
Viktor Frankl (1997, p 134)*

La pregunta por el otro que me interpela está alojada en la relación yo-alguien, vínculo que se implica cotidianamente en la interacción humana, en el compartir humanamente con otro que no soy yo. Percatarnos de ello es el primer paso en la búsqueda del reconocimiento. Esto es, la conciencia del otro, de su gesto, de su acción, de su palabra es el antecedente primordial de la conexión yo-tu-él-nosotros. Permitir que el otro, en su similitud y diferencia, pueda interrogarme es un acto de nobleza de Ser. Todo ello requiere, en todo caso, cuidar-se y conocer-se como fundamento del reconocimiento de sí y del otro, un colocarse en perspectiva de encuentro.

Ponerse en el lugar del otro, implica, más allá de la aceptación tolerante, un encuentro vital, crítico, emocionado y siempre tendiente a lo inédito que el otro trae por su condición particular, por su condición libre, por su condición autónoma, por su condición histórica. Son las historias las que nos vinculan y es con las historias que nos constituimos y construimos el mundo.

Reconocer implica entonces una doble condición: el reconocimiento de sí (adentro) y el reconocimiento del otro (afuera); adentro-afuera que connota la historia propia que se convertirá, con el encuentro, en las historias colectivas. Reconocer, entonces, será la clave en la configuración de la realidad subjetiva y en la apropiación crítica de las realidades socio-culturales, y habrá reconocimiento del otro si previamente existe reconocimiento de sí, esto comúnmente se ha de llamar reciprocidad, veamos al respecto qué nos propone Begué, M.F (2002):

La demanda de reciprocidad rebasa la simple voluntad de vivir juntos; ella constituye el verdadero paso de la simple conciencia a la conciencia de sí. Ella no se satisface con las relaciones interhumanas derivadas del tener, que son de mutua exclusión, ni con las relaciones derivadas del poder, que son jerarquizadoras y asimétricas. Más allá de la esfera de lo económico y de lo político, la constitución del sí se continúa en la región de las relaciones interpersonales, que se ofrecen como el humus para que esa constitución se fecunde. Sobre esta convicción filosófica se apoyan todas las pedagogías orientadas hacia la autoestima, hacia el auténtico sentimiento de valer que también está en la base de la creatividad, de la aceptación de la vida como riesgo y del impulso para la participación en tareas que mejoren el habitar humano. (p. 57)

Habitar el mundo juntos es por sí mismo una situación inevitable, habitarlo con sentido de acogida del otro, con un impulso por la generación de nuevas conversaciones, con el sentimiento profundo por la esperanza, con una escucha que precede toda transformación, es la base para un habitar el mundo con conciencia de ser y estar implicados en una construcción colectiva (ver Gráfico 1).

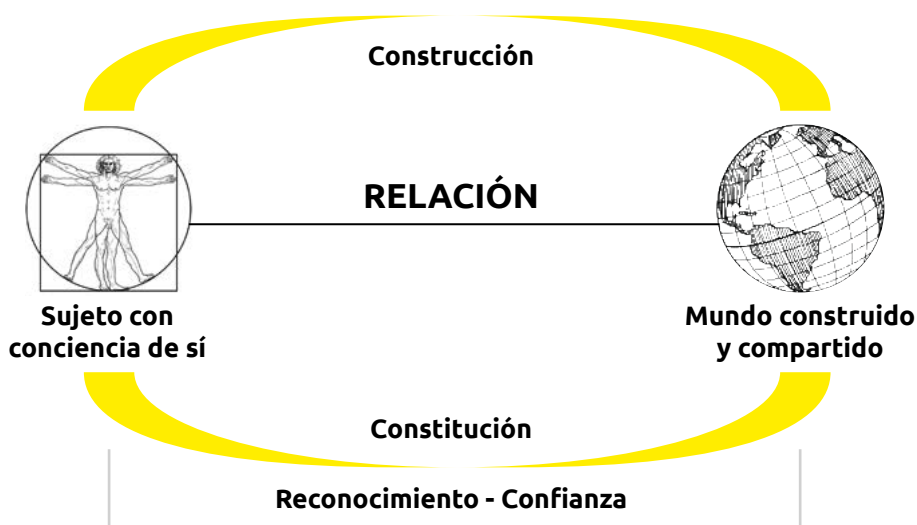


Gráfico 1. Dialéctica sujeto - mundo - alguien.

Fuente. Elaboración propia



La confianza que perdura en el tiempo

Entender la confianza como parte sustancial de la vida en relación, implica un detenerse en el futuro, un futuro que advierte el cómo se dispondrá el otro para el vínculo, la confianza puesta en tiempo-futuro obtendrá la pregunta inevitable por el otro, con el que siempre emergerá la relación, y ésta —la relación— estará interrogada por experiencias previas que ineludiblemente terminan siendo fundantes de toda coexistencia.

Confiar, entonces, será una acción puesta en dos vinculantes: uno social (sociabilidad) y otro ético (civilidad), en tanto que socialmente nos encontramos para crear y éticamente nos vinculamos en la perspectiva del prometer, obligación, como afirma Begué (2002) de “salvaguardar la institución de la palabra y de responder a la confianza que el otro pone en nuestra fidelidad” (p. 232).

Por esto prometer implicará compromiso mutuo con lo que ha de venir, allí la confianza es tejida todos los días y dura en la medida que barrunta lo venidero. Prometer es un acto eminentemente humano que devela la autonomía del ser, el que promete se sitúa en el espacio-tiempo del comprometer su palabra, y toda palabra dicha deja de ser de quien la emite para ser de quien la escucha, lo mínimo que espera el oyente es que la palabra sea cumplida.

La promesa, entonces, pone en juego a dos personas, la que realiza la promesa y la que la recibe con la esperanza de que la misma será cumplida, a la vez que, ambas situadas en el mundo compartido, contextualizan la promesa más allá de la simple interacción para que coopere en la consolidación de bien común; es en el cumplimiento de la promesa que se escala humanamente a la creación, a la transformación y a la mutua cooperación con sentido colectivo (ver Gráfico 2).

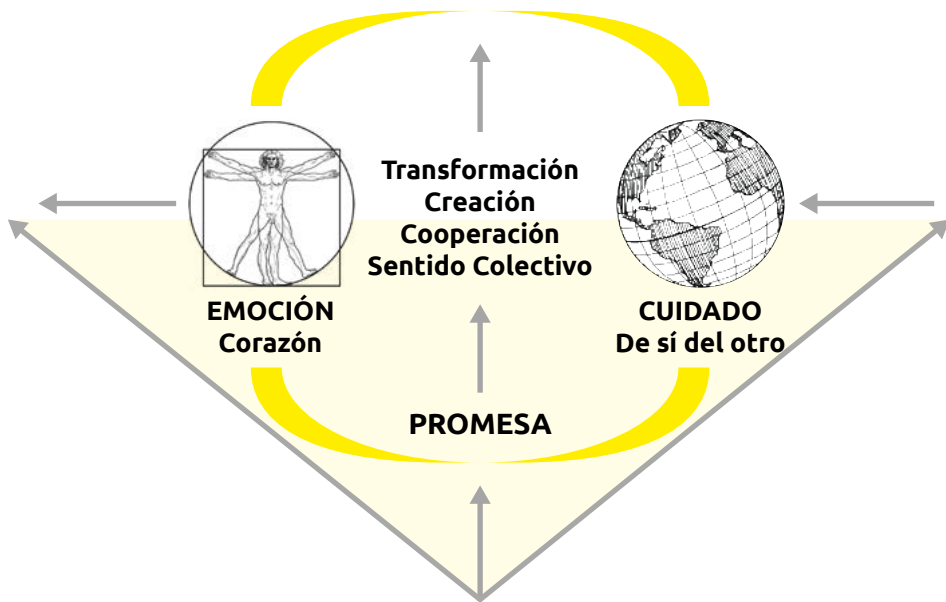


Gráfico 2. Promesa, emoción y cuidado.
Fuente. Elaboración propia

Cuando la promesa no es cumplida emerge irreductiblemente un acto: la traición, la misma que no compromete exclusivamente al otro, sino también se implica en uno mismo, quien traiciona se traiciona en tanto que rompe con lo prometido, psíquicamente no es posible mentir y quien irrumpe en lo pactado con la falsa promesa también se traiciona a sí mismo.

Así las cosas, Begué (2002), afirma:

La ofensa hecha a un semejante en tanto que “otro-que-yo” es igualmente grave porque ese “otro” está en el mismo nivel que el sí-mismo, y debe ser considerado como un sí igual y diferente a la vez que yo.

El mantenerse ligados por las lealtades produce consecuencias ontológicas.

En la raíz de todo compromiso auténtico hay una suerte de aprehensión fundamental, de vínculo fundante, que liga nuestro ser con el de la totalidad. La persona, en tanto que “foco de actitudes” y convicciones determina el comportamiento mediante el cual se instaura el vínculo ontológico que nos hace ser quienes somos. (pp. 233-234).



Toda promesa incumplida configura emoción triste y malestar, toda promesa cumplida además de esperanza, genera emoción alegre que invita a la gestación de nuevos proyectos en el existir. Los vínculos honestos que se consolidan permiten tramitar las relaciones dirigidas a la construcción de bien común, a la consolidación del colectivo creativo y al respeto profundo por la humanidad.

Así las cosas, y parafraseando el epígrafe de Viktor Frankl (1997) del inicio del texto, el tiempo pasado está dado inevitablemente, por tanto habrá que reconocerlo como fundamento de la acción presente, y el tiempo futuro no será una deuda en tanto que la promesa emitida sea cumplida. Pasado inevitable, presente actuante, futuro prometido y cumplido son las temporalidades de la acción humana y las variantes temporo-espaciales que constituyen nuestros hábitos.

Dejemos que Bachelard (2002) indique esta cuestión con un poco más de claridad:

Los seres se transmiten su herencia mediante el pensamiento oscuro o luminoso, mediante lo que se ha comprendido y sobre todo mediante lo que fue querido, en la unidad y en la inocencia del acto. Todo ser individual y complejo dura así en la medida en que se constituye una conciencia, en la medida en que su voluntad se armoniza con las fuerzas subalternas y encuentran ese esquema del gasto económico que constituye un hábito. Nuestras arterias tienen la edad de nuestros hábitos. (p. 67)

Referencias

- Bachelard, G. (2002). *La intuición del instante*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Begué, M. F. (2002). *Paul Ricoeur: la poética del sí mismo*. Argentina-Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Frankl, V. (1997). *Psicoanálisis y existencialismo: de la psicoterapia a la logoterapia*. Fondo de Cultura Económica.